

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO
DE MORIR (Ap 3,2)

*Víctor Herrero de Miguel, ofmcap **

Hace apenas tres meses mi amigo Antonio sufrió un infarto muy severo. Mercedes, su mujer, cuando la situación era ya menos grave, me narró cómo sucedieron los hechos. De todo, lo que más me impresionó fue lo relativo al masaje cardíaco que, postrado él en la cama, le realizó su hijo, siguiendo las instrucciones telefónicas que desde el número de urgencias le iban dando. Miguel puso las manos sobre el pecho de su padre y, comprimiendo sobre el esternón, hizo que la sangre fluyera hacia las arterias. Los médicos le felicitaron: sin haberlo hecho antes, lo supo hacer a la perfección, pues fue capaz de combinar la fuerza necesaria para reanimar el corazón y la delicadeza suficiente para no fracturar ni el esternón ni ninguna costilla, algo que ocurre con frecuencia.

* *Religioso Capuchino. Filólogo y biblista. Valladolid.*

EL CORAZÓN PARADO DE LOS CRISTIANOS DE SARDES

La iglesia de Sardes tiene, como estuvo el de mi amigo Antonio, el corazón al borde de la muerte. También el suyo necesita un masaje cardíaco: «Anda vigilante, reanima lo que está a punto de morir, pues no he encontrado tus obras bien cumplidas a los ojos de Dios» (Ap 3,2).

La admonición se dirige a la comunidad cristiana de una ciudad que, alrededor del año 100, tendría unos sesenta mil habitantes. A pesar de lo que leemos en el texto, ésta no era lo que nosotros llamaríamos una iglesia muerta, sino una iglesia muy activa, organizadora de eventos, bien estructurada, donde los sacramentos se celebraban con regularidad y la doctrina se impartía con rigor. Se trata de la más grande de las siete iglesias de Asia, a la que, extrañamente, se dirige el mensaje más breve (3,1-6), y a la que, estando en apariencia tan viva, se invita no obstante a revivir¹.

“Conozco tus obras” (3,1) –dice Jesús por medio de Juan– “tus obras no bien cumplidas a los ojos de Dios” (3,2). ¿Qué significa esto? ¿Tal vez denuncia que nunca acaba lo que empieza, que todo en la iglesia de Sardes se queda en buenas intenciones? Quizás porque falta discernimiento, o porque no se calculan bien los costes personales que conllevan los proyectos, o simplemente porque se adolece de falta de per-

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO DE MORIR (Ap 3,2)

severancia. Pero es posible otra interpretación. Puede ser que la ausencia de cumplimiento apunte en otra dirección: las obras de la iglesia de Sardes, aunque muchas y muy bien ejecutadas, no son las obras de Dios, no tienen el Reino como su origen y su horizonte. O más aún: Jesús reprocha que la iglesia de Sardes no hace lo único que de verdad tiene que hacer: anunciar y vivir el evangelio.

Al contrario que las otras iglesias de la provincia romana de Asia, la de Sardes no sufre persecución. La razón parece clara: se ha acomodado al sistema, se ha hecho uno con él. No es perseguida, porque ha ocultado su voz. ¿Puede ser esa voz —esa palabra llena de vida y profecía que nace del evangelio— lo que está apunto de morir?².

LA RESURRECCIÓN DE CAÍN

La primera resurrección que encontramos en la Biblia es la de Caín, el primer asesino de la historia. ¿Qué fue del primogénito de Eva después de encaminar sus pasos al este del Edén? Lo único que sabemos (y *Génesis* nos lo narra apenas una línea más abajo de mencionar su camino errante por el mundo) es que Caín tuvo una mujer y, de ella, un hijo llamado Henoc. Nada más. Y nada menos: el que vertió la sangre de su hermano fue —no sabemos cuánto tiempo después de haber cometido el crimen— capaz de amar y crear vida.

Aquello que la Biblia no nos cuenta –el itinerario de ese tránsito desde las sombras hacia la luz– los poetas lo vislumbran. En el poemario titulado *En la Región de Nod*, Carlos Aganzo acompaña al fugitivo Caín por la tierra estéril en la que su acto de dar muerte le ha instalado. En uno de los poemas iniciales, una voz (quizás su misma voz interior) le dice al asesino:

*Y la lluvia vendrá y se irán con ella
la clausura, el dolor, la culpa, el frío.
Los aullidos del viento.
Consuélate, por fin febrero es corto.
Ya no puede tardar la primavera³.*

En el verso segundo (un endecasílabo perfecto), asistimos a la precisa descripción de lo que significa estar muerto en vida: *clausura, dolor, culpa, frío*. La persona se transforma en muro que aísla, progresivamente, al ser vivo de su propia vida. Allí dentro hierve la quemazón del sufrimiento, la culpabilidad que bloquea y transforma la existencia en intemperie.

EL MASAJE AL CORAZÓN DE LA VIDA RELIGIOSA

Cuando pongo mis ojos en la vida religiosa veo en su rostro rasgos de la iglesia de Sardes y rasgos de Caín. El corazón de muchas congregaciones está a

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO DE MORIR (Ap 3,2)

punto de morir, y la vida de muchos religiosos transcurre como los pasos del hombre errante por la región de Nod: clausura, dolor, culpa y frío. Sin querer escribir un recetario, me atrevo a indicar algunos aspectos que la vida religiosa, si quiere llegar a la primavera, está obligada a reanimar. Se trata del masaje que nuestro corazón precisa.

LA CONFIANZA

Aristóteles, en una definición insuperable, habla del miedo como un sufrimiento anticipado por un mal que nos aguarda en el futuro. Juan Antonio González Iglesias, poeta de Salamanca, nos dice que lo opuesto al miedo es la confianza y que ésta consiste justo en lo contrario: la percepción del futuro como un bien⁴.

Desde que soy religioso llevo escuchando el martilleo de la voz del miedo. Casi siempre surge de una misma fuente: las estadísticas numéricas. Si miramos cuántos fuimos, cuántos somos y cuántos seremos, y si a esa mirada cuantificadora le añadimos la valoración cualitativa (*aquellos de antes sí que eran buenos frailes*) el diagnóstico es aristotélicamente claro: la muerte institucional que nos espera en el futuro ha sido atraída hasta el presente por el imán de nuestro miedo y, sin apenas estertores que lo anuncien, ya hemos muerto.

Sobre esta desconfianza esencial se levantan las faltas de confianza cotidianas. Son numerosas: en el

valor de lo que hacemos, en el mantenimiento futuro de aquello por lo que nos esforzamos, en la significatividad de nuestra presencia en el mundo, en la relación con aquellos que nos encontramos en la vida, en los hermanos con los que vivimos, en Dios.

Para esta enfermedad se me ocurren dos remedios: caminar sobre las aguas y frecuentar la compañía de las aves del cielo y de los lirios del campo, “los maestros divinamente instituidos”⁵.

LA LENTITUD

Hace un par de años abrí una cuenta en twitter. Reconozco que la mecánica de esta red social (mensajes breves y muy frecuentes) es adictiva. Aunque mi estilo de tuitear no era demasiado común (para mí, los 140 caracteres se convirtieron en una especie de estrofa con la que hacer poesía), debo decir que a los pocos meses ya tenía un cierto público fiel: aquellos que leían y valoraban positivamente mis mensajes. Pasado un tiempo me di cuenta de que mi atención gastaba demasiada fuerza cotidiana en comprobar qué amigos virtuales aprobaban mis palabras, y fue entonces cuando me corté la coleta de tuitero y regresé a la vida real.

Esta experiencia me ha hecho pensar mucho en los peligros de la inmediatez. Hay algo que no es bueno en prescindir de todas las mediaciones. No es

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO DE MORIR (Ap 3,2)

bueno el vértigo de una vida acelerada. La lentitud concede algo que no otorga la velocidad, por mucho que ésta nos haga creer que estamos en más sitios, que llegamos cada vez más lejos, que vivimos más.

Hace poco vi una película japonesa titulada en español «Una pastelería en Tokyo»: una anciana, un hombre de mediana edad y una joven unen casualmente sus destinos en torno a un pequeño establecimiento en donde se hacen *dorayakis*, unos pasteles rellenos de salsa de alubias. La mujer mayor, enferma de lepra, les regala a los otros dos protagonistas el magisterio de sus manos lentas y, en torno a los fogones de la cocina, la vida nace para todos otra vez⁶.

*El que se retarda / adrede, no queriendo que nada se le esconda, / llega más lejos*⁷: estos versos de Alfonso Canales me parecen medicina contra la inhumana dictadura de la prisa, que también rige en la vida religiosa. Vivir más lento para vivir más. Moverse quizás menos para llegar más lejos. Leer, no hojear. Conversar, no hablar. Celebrar la vida, no elucubrando acontecimientos que requieren cronogramas, sino volcados en las salas de la cotidianidad. Los pájaros (otra vez los pájaros): contemplar cómo vuelan y se posan.

LA SOLEDAD

Decir que la soledad, en la vida religiosa, está en peligro de muerte puede parecer insensato. Más

de uno pensará que la soledad es la causa de nuestra muerte, no aquello que hay que revivir. Espero que la idea se aclare si digo que la ausencia de verdadera soledad es aquello que realmente nos mata.

Me refiero a la clase de soledad de la que habla este pequeño gran poema:

*Seremos isla, algunos días,
pero la isla que prefieren los pájaros⁸.*

Convertirnos en el espacio preferido por los pájaros equivale a erigir alrededor de la propia vida “un grado de libre disposición del tiempo, posibilidades para el paso a grados de atención cada vez más elevados, soledad, silencio”⁹. Estas palabras de Simone Weil, doctora en soledad, se articulan dentro de una de sus ideas más felices: para que las relaciones entre la colectividad y la persona fluyan de modo sano es necesario que se vertebren de tal modo que el desamparo no empuje al individuo hacia el redil del grupo, ahogándole en las aguas de lo colectivo. Me parece que esta manera de construir y de habitar una soledad protectora está en verdad amenazada de muerte.

No concibo una vida sin vastas soledades y, en ese sentido, y en palabras de Kempis, un modo perfecto de estar solo es estando solamente acompañado por un libro¹⁰. Mi primer acto de desobediencia como religioso tiene que ver con los libros. Antes de

comenzar el noviciado me advirtieron de que ése era un año distinto en el que, entre otras particularidades, uno no podía leer cualquier cosa. Los primeros meses resistí, pero la tentación de la lectura furtiva fue más fuerte que mi voluntad y acabé cayendo, y por todo lo grande... Me hice socio de la biblioteca municipal, donde encontré amigos que hasta hoy me acompañan: Miguel Delibes, Borges, Gil de Biedma, Margarite Yourcenar. Sé que, para muchos, éstas no serán las lecturas más convenientes para un joven novicio capuchino, pero tengo para mí que aquellos escritores y poetas me ayudaron, desde la profundidad de sus vidas, a comprender mi vocación.

Se trata de hacer nuestra la convicción de Valle Inclán, quien decía: «Viva donde viva, siempre viviré en un palacio». Se trata de diseñar la propia soledad con el cuidado, la sencillez y el buen gusto con que se ubica un buen jardín en el centro de una ciudad: situando, en el meollo de la vida, árboles que den fruto y proporcionen sombra, y sean cobijo para aquellos que nos quieran visitar.

Es ésta la soledad que nos conduce a Dios. Qué bien lo expresa Leonard Cohen: «Bendito seas Tú, que has dotado a cada hombre de un escudo de soledad, para que nadie pueda olvidarte. Tú eres la verdad de la soledad, y solamente tu nombre conduce hacia ella. Fortalece mi soledad, para que yo quede sanado en tu nombre, que está más allá de toda con-

solación pronunciada sobre esta tierra. Solamente en tu nombre puedo alzarme sobre la carrera frenética del tiempo, solamente cuando la soledad es tuya puedo elevar mis pecados hacia tu misericordia»¹¹.

LA PALABRA

No solamente en la vida religiosa, en nuestro mundo actual la palabra está enferma. También entre nosotros, hombres y mujeres que, como proyecto existencial, enraizamos nuestra vida en la escucha y el cultivo de la Palabra.

Un fraile al que conocí cuando ya era muy anciano, un enamorado de la Biblia, solía repetir: “Menos palabra de hombre y más Palabra de Dios”. Desde mi contacto con la Escritura, he llegado a formular, alterando un poco el lema de aquel buen hermano, el que considero el más justo itinerario: «Palabra de hombre y, desde ella, Palabra de Dios». Luis Alonso Schökel lo decía a su manera: «alguien que no lea poesía contemporánea en su propia lengua, ¿podrá vibrar con la poesía de los salmos?».

Una hermosa forma de revalorizar la palabra consiste en leer literatura para niños. Recientemente encontré en un libro infantil esta explicación de la felicidad: «Es como tener un gran globo dentro de ti: el globo se llena con aire tibio y te haces más ligero, y es como si volaras»¹².

Este tipo de lenguaje nos acerca a la desnudez del mundo: todo se conecta. La felicidad hincha tus pulmones y te eleva. Lo que nosotros, para parecer más sabios, abordaríamos con conceptos abstractos y citas muy cuidadas, en el mundo de los niños se resuelve describiendo la mecánica de un globo. Así, la palabra recupera el valor que en sus orígenes tenía sobre la tierra: ser algo vivo sobre ella.

Estamos muy cerca de lo que J. P. Sonnet denomina *la poética divina*: cuando Dios, en el relato de Gn 1, convierte su soplo en palabra comprendemos que «el poder creador no estaba en el huracán, ni en ninguna arma violenta, sino en la discreción del lenguaje articulado, y la trascendencia del hombre en relación con el resto de la creación hay que buscarla también en su ser de palabra»¹³.

Los religiosos tenemos una responsabilidad especial en nuestro cuidado del lenguaje. No me refiero a la ortografía y a la fonética (aunque también), sino a que está en nuestras manos devolverle al lenguaje las capacidades que siempre le fueron propias: poner en relación, consolar, acoger, sanar, iluminar. La palabra puede ser una casa de misericordia: un lugar donde vencer a la intemperie, un brasero contra el frío.

Joan Margarit enumera de este modo las características de un buen poema: concisión, exactitud, intensidad¹⁴. Son tres aspectos del lenguaje poético que bien podríamos los religiosos aspirar a tener. Conci-

sión: decir lo que haya que decir, evitando la ausencia y, en mayor medida, el derroche de palabras. Exactitud: comunicar aquello que proporcione un mayor orden interior en la persona que nos escucha. Intensidad: hablar desde la experiencia de un sentimiento, no desde la teoría. Así, en el cuidado de las palabras humanas estaremos preparando el terreno para la Palabra de Dios.

LA CAPACIDAD SIMBÓLICA

Esta cuestión tiene que ver con la anterior aunque, en orden cronológico, tal vez el símbolo antecede a la palabra. Escuché hace poco una entrevista a Joaquín Araujo, campesino y ganadero ecológico, en la que dijo que llevaba plantados tantos árboles como días había vivido hasta la fecha: 24500. La coincidencia entre la vida recibida como un don y la vida generada como respuesta me parece maravillosa. De estos ojos abiertos para descubrir el mensaje de la existencia nace la capacidad simbólica¹⁵.

Siendo estudiante de Filología comencé a tratar de cerca a los capuchinos, quienes ahora son mi familia. Algo se produjo en mí: el reconocimiento de que aquello que leía en los poetas estaba muy cerca de la vida de los frailes, en íntima conexión. No me refiero al contenido, aunque fui descubriendo también la semejanza entre Virgilio y san Francisco, entre Jesús de

Nazaret y Platón. Me refiero a algo de orden mayor: lo que los poetas decían y lo que aquellos franciscanos vivían me situaba, como en un brocal, ante la profundidad del mundo.

Los frailes me enseñaron, de una manera diferente, a soñar. De ellos aprendí que un río no es solamente un río, sino un espacio en el que la vida se condensa y se revela. Que una sandalias pueden ser tan nuestras como nuestros pies. Que en una vela encendida puedes estar contemplando a alguien. Tiempo después descubrí a un poeta que me ofreció sus palabras para decir lo que yo entonces había empezado ya a saber:

*Qué ciego estuve, habiendo como hay
tanta luz, tantos signos
que en todo instante la verdad nos dicen.
Hay que abrir bien los ojos para ver,
aguzar el oído
para oír lo que importa.*

Cada vez se apodera de mí con más pujanza y más dulzura la certidumbre de que solo hay vida¹⁶. *La certidumbre de que solo hay vida*: ¿acaso no se formula en este verso el sentido de la vida religiosa? ¿Acaso no se sostiene sobre esta convicción la eucaristía, la oración, el sueño de una vida fraterna, el cuidado del otro, nuestra forma de amar? En el verso de Sánchez

Rosillo, aquel poeta que hoy es mi amigo, yo descubro el fundamento del símbolo, la capacidad de enhebrar por el ojo de la luz todas las cosas y criaturas del mundo.

LA PUERTA ABIERTA

¿Qué resulta más hermoso: que Jesús se comparase a sí mismo con una puerta o que aquellos que estuvieron cerca suyo creasen esa imagen para hablar de él? Sea como fuere, el caso es que Jn 10,9 nos pone a todos ante Jesús como quien se sitúa ante un umbral: se trata de atravesarlo o no, de hacerlo de una manera o de otra.

Desde hace un año, en la fraternidad en la que vivo vive también un chico de Mali. Se llama Yousouf y llegó a nuestro país huyendo del suyo, saltando la valla de la vergüenza. Si no hubiese sido por ese salto no habría conocido a la persona con la que últimamente más me he reído, de la que he aprendido cosas maravillosas como que los miembros de su tribu no comen hipopótamo en agradecimiento a un hipopótamo que, hace muchos, muchos años, salvó a los abuelos de sus abuelos de morir ahogados por el desbordamiento de un río. Cuando abrimos la puerta de nuestra casa a Yousouf no sabíamos que él era una puerta, y que nos iba a conducir hasta tan dentro de nosotros mismos.

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO DE MORIR (Ap 3,2)

De una manera o de otra, la vida religiosa tiene que ver con la acogida. Sucede aquí lo mismo que les sucede a las naciones: ¿protegemos nuestras casas con vallas o buscamos maneras de convertirnos en puente? ¿Nos morimos como faraones, como acabarán muriéndose los países ricos, o nos decidimos a aceptar la llegada de la vida? La hospitalidad, tan importante en el mundo antiguo, es una de las cosas que hoy han vuelto del pasado. Salvar la hospitalidad significa reconocernos como puertas. Otra vez un poeta nos lo explica:

*El cuerpo es una puerta, Dios es una puerta,
una puerta es un cuerpo y una puerta es Dios,
todo es una puerta y una puerta es todo.
Traspararla es tan fácil y a la vez tan difícil
como mover un ojo o respirar
pues sólo está al alcance de los vivos¹⁷.*

EL AMANTE RESUCITADO

Si alguien puede reanimar aquello que en nosotros está a punto de morir es Jesús, el amante resucitado. En la antífona pascual, cantamos: *Surrexit sicut dixit!*, ¡Ha resucitado, como había anunciado! Se trata de un eco de Lc 24,6: las palabras que las mujeres escuchan en el sepulcro vacío. En un manuscrito medieval encontramos una variante maravillosa cuyo origen, que

desconocemos, puede ser un error del copista, que ha transcrito: *Surrexit sicut dilexit!*: ¡Ha resucitado, como había amado! En el texto leemos *como había amado* (*dilexit*) y no *como había anunciado* (*dixit*). *Dilexit* en lugar de *dixit*: apenas una sílaba cambia el mensaje, pues sitúa la resurrección no en la comprensión de un anuncio sino en la lógica del amor: Jesús, resucitado por el Padre, está recibiendo un amor semejante a aquel amor con el cual él se relacionó con el mundo.

Lo que la vida religiosa de nuestro tiempo tiene en común con la iglesia de Sardes —esa parte de nuestro corazón que está a punto de morir— solo puede ser reanimado por el amor. No serán las planificaciones estratégicas las que nos salven. Ni los años oficiales dedicados a la vida consagrada. Ni nuestras obras. Ni un inesperado resurgir vocacional. Será un masaje cardíaco realizado por unas manos llenas de amor. Las mismas manos que nos salen al encuentro en el último verso de este poema:

*Álzate, corazón, consumido de penas,
levántate, que sopla un viento de esperanza
por el mundo, llevándose con él tus inquietudes
y la costra de angustia que apaga tus latidos.
Álzate, viejo amigo, que el dios de los humildes
ha vuelto de su viaje al país de las sombras
y alumbra con su ojo la prisión en que yaces,
limando los barrotes de tu melancolía¹⁸.*

REANIMA LO QUE ESTÁ A PUNTO DE MORIR (Ap 3,2)

- 1 Cf. G. BIGUZZI, *Apocalisse. Nuova versione, introduzione e commento*, Paoline, Milano 2011², 122-124.
- 2 cf. D. JOHNSON, *Always on the Brink. Revelation 3: 1-6*: Crux 45 (2004) 2-8.
- 3 C. AGANZO, *En la Región de Nod*, Los versos de Cordelia, Salamanca 2014.
- 4 J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Confiado*, Visor, Madrid 2015, 9.
- 5 S. KIERKEGAARD, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Trotta, Madrid 2007, 28. El libro contiene textos pertenecientes a los años 1847-1849.
- 6 N. KAWASE (dir.), *Una pastelería en Tokyo*, coproducción de Alemania, Francia y Japón, estrenada el 6-11-2015.
- 7 Del poema *Los años*, perteneciente al libro *El Puerto* (1979), recogido en A. CANALES, *Ocasión de vida. Antología poética*, Fundación José Manuel Lara, Barcelona 2006.
- 8 V. PÉREZ –SAUQUILLO, *La isla que prefieren los pájaros*, Calambur, Madrid 2014, 51.
- 9 S. WEIL, *La persona y lo sagrado*, José. J. de Olañeta, Editor, Palma 2014, 36. El texto fue publicado en francés en 1957.
- 10 En el latín del original la frase suena así: *In omnibus requiem quaesivi, et nusquam inveni nisi in angulo cum libro*.
- 11 L. COHEN, *The Book of Mercy*, Supernova, Venezia 2000, 34. La primera edición es de 1984. La traducción es mía.
- 12 L. KRISTIANSSON – D. STENBERG, *Ser feliz*, Ediciones Librerías Fausto, Buenos Aires 1976, 3.
- 13 J. P. SONNET, «*El origen de las especies*». *Gn 1 y la vocación científica del hombre*: EE 85 (2010) 249.
- 14 J. MARGARIT, *Un mal poema ensucia el mundo*, Arpa editores, Barcelona 2016, 150.
- 15 cf. J. ARAUJO, *El placer de contemplar*, Carena, Barcelona 2015. Se trata del libro más reciente del autor, escrito para reivindicar el encuentro entre la mirada y el paisaje.

VÍCTOR HERRERO DE MIGUEL

- 16 E. SÁNCHEZ ROSILLO, *La certeza*, Tusquets, Barcelona 2005, 107.
- 17 J. AGUADO, *La insomne. Antología esencial*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2013, 40.
- 18 L. A. DE CUENCA, *Por Fuertes y Fronteras*, Visor, Madrid 1996, 74.